

Ojos de Luz

(Relato incluido en la obra *Las últimas diez horas del Titanic*)

Me pidió que la rescatara y que no diera cuenta a nadie de nuestro paradero.

—No digas dónde me llevas.

Lo dijo con su voz más íntima y, también, la expresión urgida de quien ha elegido cambiar el pasado por el futuro.

—Vámonos.

Siendo mi voluntad la misma, quería regalarle su deseo antes de que una nueva vuelta de mundo interpusiera el siguiente recurso a nuestra felicidad.

Había llegado el momento de levar anclas y mis cinco sentidos más los suyos a una, decidieron aventurarse en una carrera contra el tiempo, la adversidad y ese profundo surco de costumbre que difumina el horizonte de los sueños posibles.

—Ahora es el momento.

—Ya está.

Volamos el mar una noche oscura de febrero. Yo quería llegar muy lejos, hasta el otro confín, superada la línea del horizonte varias veces. Era una aventura apasionante y exclusiva. Se lo propuse ya iniciado el viaje y aceptó abrazada al sueño compartido.

Su mirada penetraba en el misterio que cubren las frías aguas del océano septentrional, mientras la mía fijaba su atención en el punto de destino.

—¿Crees en la leyenda?

Le dije que sí.

—Nos acercamos, lo presiento.

Su abrazo era fuerte, su aliento vital. Le ilusionaba aquella travesía prendida a la magia y de inmediato cedí el rumbo a su intuición.

—Tú me llevas.

Me condujo a un paraje todavía ignorado, a gran distancia de cualquier puerto.

—Hemos llegado.

En la inmensidad de un mar sin coordenadas, espléndida en su retiro, la nave mítica filtraba su luz anfitriona, una delicada luminosidad, dándonos la bienvenida. Apenas, recuerdo, unos destellos a modo de contraseña, invitándonos a sentirnos parte de la historia.

El *Titanic* suspiraba su efímero reinado, una grandeza ceñida a su imponente silueta y bailada en los salones con los comentarios de halago, muchos, y admiración, todos, vistiendo el lujo y el placer del desafío. La nostalgia, amable y sincera, presidía esa celebración privada que escucha una música de fondo que no cesa: *Nearer, my God, to thee*, y el rumor de las voces entrelazadas a la odisea.

Yo seguía su curiosidad a tres pasos de distancia, caminando la misma noble madera y las alfombras que silencian el tránsito por los paseos. Ella señalaba con gesto comedido sus descubrimientos y me incitaba a deslizarme por esos paisajes de leyenda entonces a nuestro alcance.

—Ven...

Un camarote de primera abría su encanto. No hizo falta empujar la puerta. Entramos y nos recibió un soberbio retrato de mujer, de facciones exquisitas y pulso firme, pero con la mirada velada por algún episodio amargo, de difícil o imposible resolución, que le había deparado la vida. El lienzo se enmarcaba en filigrana de pan de oro, sensualmente apoyado en una *chaise longue* de terciopelo rojo.

—Mira su porte...

De mujer segura de sí misma, afamada propietaria de un negocio próspero en la capital del imperio británico, que ofrecía *delicatessen* a una selecta clientela entre la que dejaba huella la casa real. Ese viaje inacabado debía culminar con la inauguración de una sucursal en la floreciente y abigarrada Nueva York.

Esa noche de gala dispuesta para cerrar con su elegancia el baile.

—Escucha...

El *promenade* trazaba un arco de instrumento de cuerda. Sonido *pianissimo* en la cubierta principal. Nos acercamos expectantes a una hamaca de tela alba listada en celeste, poco cautos ante la sorpresa de producirse, eso sí, aunque diestramente guiados por el oído.

Con vista al mar y su reflejo ondulado, yacía indiferente al auditorio la caja concertista.

—Está esperando...

A su ama y confidente. Una mujer que adora ese objeto,preciado hasta la sublimación, porque en su esencia, conjugados música y memoria, perdura el verdadero amor que fue suyo un momento. Ese momento único de felicidad

intacta pase lo que pase después, con él y ella protagonistas de la noche inolvidable.

—La música...

Guardaba en su tacto la preciada sensación de la *chaise longue*, recorrida despacio con una mano abierta; y para la otra, asimismo deferente, era la suave comunicación de los dedos a lo largo de la superficie labrada de la caja de música.

Cerrados los ojos, atraída por el ensueño, emitió un suspiro de comprensión.

—Habla apasionada de una tan breve como intensa historia de amor. Acércate...

Cogió mi mano, la apretó. La gran nave sacudía su letargo con una discreta recepción de la que nos hacía partícipes en el salón de juego. Sentados a una mesa de elevadas apuestas, caracterizada con las tonalidades del azar, un grupo de esclarecidos pensadores descifraba la divisoria entre el legítimo poder y la vana ambición, interpretando un lenguaje críptico que fluía cadente y misterioso, como no podía ser menos, de una jarra de valiosa porcelana. Brindaron ellos por sus logros no materiales una vez satisfechos, es de suponer, pasando de boca a boca la de la vibrante jarra de porcelana decorada con símbolos arcanos.

—Bebe y pide lo que merecemos alcanzar.

—Tú primero.

Solemnes, los dos a un tiempo introdujimos la copa en un nuevo círculo de custodia, llegada la ocasión del traslado. Nos dispusimos a buscar un sitio adecuado para, a nuestra manera, perpetuar el rito de las demandas inmateriales compartidas en la intimidad de los afines.

—Vamos...

Aspiraba el aroma de la seducción. Fue un instante de duda o, quizá, quería orientarse según su instinto. La magnífica escalera erigida en la proa, orgullo de artista, sugirió nuestra indagación hacia el extremo opuesto. Pasillos y camarotes desfilaron ante nuestras miradas envolviendo en tentación sus secretos, hasta que ella dio con el motivo que la reclamaba.

—Aquí está...

Brillaba tenue pero vistosa la joya en el tocador. Era un broche ideado para realzar el cabello, hermoso y elegante en proporción equitativa.

—Con su legado a cuestas y...

Figura de lágrima, herencia de familia. Podría contarnos la historia de una saga en liza con su fortuna; aunque el relato pudiera ser una suerte de casualidades

con nombres cedidos al arbitrario recuerdo de sus deudos y, por extensión obligada, también de sus allegados. Generación tras generación, la joya ha sido un engarce de anhelo y de conquista, la pieza singular y conservada, incluso en la desdicha, de una colección extraviada en varias titularidades.

—El propósito de sobrevivir.

A un golpe de infortunio. Presintió la tragedia al cabo y en ella se hizo patente el efecto de la incertidumbre y el posterior miedo. Alrededor flotaba un halo de resignada aceptación en los últimos compases de una obra maestra.

—Nos queda un detalle.

La portentosa simetría artística de popa descendía pisos y estratos. Una vía de aire helado murmuraba las idas y venidas de la escena final. El impacto tuvo cientos de réplicas en los figurantes anónimos, asidos a la esperanza de poder contar el suceso desde la propia voz.

—Ha caído...

Una capa de paño modesto perdida entre la agitación y el desespero. Impregnada de dignidad, conservaba el calor de la última morada que al cuerpo alivia del mal presagio o de la inquietud nerviosa debida al afán. En su interior, a la altura del cuello, la prenda mostraba las iniciales E O, correspondientes a Elena Osborn, autora de un viaje que cambiaba lo viejo por lo nuevo, una ciudad agotada en su oferta por otra distante y distinta; y de un testamento escrito con letra calma, meditado, y otro, añadido en circunstancia dramática, escrito con letra apresurada. Ambos documentos yacían, más cubiertos que olvidados, bajo la protección de la capa. Leía un testamento la decisión de un sueño cumplido y, a continuación, la determinación del que, complementario, había de cumplirse. Leía la carta añadida en trance de expiración, la petición expresa, a quien fuera, de seguir el camino que ella ya no sería capaz de andar por culpa del infortunio.

—Nos lo ha dicho a nosotros.

Inducidos por las dádivas de la soberbia nave, la abandonamos en el instante de la despedida. La mirada parpadeante del *Titanic* aprobaba la luminosa que le dirigimos, cómplices de su apartamiento y de sus prodigios de variada índole.

Confiada a su recóndito destino, el nuestro no iba a desvelar jamás dónde la encontramos.

Hace un tiempo, cuya dimensión no viene al caso, me pidió que la liberara sin dar cuenta a nadie de la travesía. Así lo hice, viajando con sus ojos y de su mano; es decir, mutuamente nos regalamos la vida compartida.

Partimos y regresamos siendo todo diferente, al fin conseguido. Ella depositó sobre la repisa de la chimenea, con femenino cuidado, las posesiones de sus legítimos dueños, que nos acompañan desde entonces y día a día afirman que estamos vivos y cumplimos los sueños posibles.

Miguel Ángel Olmedo Fornas

Edición de 2012